

FRAY DIEGO Y LAS RELIQUIAS.
INVENTARIO DE UN VIAJE A TIERRA SANTA

Fray Diego and the relics.
Inventory of a trip to Holy Land

JUAN MIGUEL ARAYA CORRALIZA
Universidad de Huelva
juanmiguelarayacorraliza@gmail.com

RESUMEN: El culto a las reliquias encuentra su origen en los comienzos del cristianismo, con las primeras persecuciones y martirios de los santos. Además de la fe y la devoción, existieron motivos sociales, económicos y culturales para poseerlas. Durante su viaje a Tierra Santa, fray Diego de Mérida da buena cuenta de las numerosas reliquias que va encontrando a lo largo del camino, describiendo cada detalle con su característico estilo didáctico y ameno.

PALABRAS CLAVE: Reliquias; peregrinación; culto a los santos; Tierra Santa; fray Diego de Mérida.

ABSTRACT: The cult of the relics finds its origin in the early days of Christianity, with the first persecutions and martyrdoms of the saints. Apart from faith and devotion, there were also social, economic and cultural reasons to possess them. During his trip to the Holy Land, brother Diego details the numerous relics he finds along the way, describing every feature with his didactic and entertaining style.

KEYWORDS: Relics; pilgrimage; cult of saints; Holy Land; fray Diego de Mérida.

La devoción a los santos, tanto en el aspecto material como en el divino, trascendió los parámetros del valor histórico de los mismos, siendo venerados sus restos mortales u objetos personales como salvaguardas espirituales y motivos de culto, recogiendo así una tradición que ya había conocido otros tiempos y culturas. De este modo, su tránsito hacia la vida eterna no impedía que su presencia continuase asociada a un elemento tangible. Recordemos cómo en la antigua Grecia los caídos en el campo de batalla pasaban a ser considerados como héroes que, una vez dejaron este mundo, seguían ejerciendo de protectores de las ciudades (Bermejo Barrera, 1996: 44). En la *Ilíada* podemos leer cómo Aquiles y los mirmidones se encargan de los preparativos para el funeral de Patroclo y ante la pira no dudaron en ofrecer un valioso holocausto: perros, caballos, ovejas, bueyes e incluso vidas humanas. Estas lamentaciones rituales ante la tumba ya implicaban la veneración de los santos difuntos, a los que ya se atribuía capacidad curativa o protectora. En el caso de la cabeza de la isla de Lesbos, se conservaba la cabeza de Orfeo pues se pensaba que inspiraba a los poetas líricos (Bermejo Barrera, 1996: 44). Para los cristianos, fueron los restos que dejaron los santos tras su martirio los que cobraron importancia como objetos digno de veneración, alcanzando la condición de reliquia. La figura de dichos mártires surgió en los años tempranos del cristianismo, para denominar a aquellos que, por dar testimonio de su fe, murieron tras sufrir torturas. Por su sacrificio, los mártires fueron venerados y considerados intercesores ante el favor divino.

Las peregrinaciones no son fenómeno exclusivo del mundo medieval y cristiano. En la religión egipcia, se daba la religiosidad del oráculo, es decir, un santuario al que las masas de fieles acudían para consultar a un dios en Abidos, su ciudad santa y donde estaba la tumba de Osiris (García Iglesia, 1986-1987: 303). En el Antiguo Testamento encontramos testimonio de peregrinos que acudían a Silo, primera capital del reino de Israel, sede del arca de la alianza: «Y todos los años aquel varón subía de su ciudad para adorar y para ofrecer sacrificios a Jehová de los ejércitos en Silo, donde estaban dos hijos de Elí, Ofni y Finees, sacerdotes de Jehová» (Samuel 1: 3). Tras la destrucción de Silo como eje fundamental de la religiosidad israelita, el nuevo espacio de devoción fue Jerusalén (García Iglesia, 1986-1987: 305). La geografía también jugó un papel significativo en el terreno de la hagiografía, cobrando vital relevancia el lugar donde el santo en cuestión había experimentado el martirio. La propaganda se encargaba del resto: el santo había elegido morir allí, después se instituía el culto y su devoción, su fama se extendía desde la misma comunidad hacia lugares lejanos atrayendo la peregrina-

ción y, finalmente, se establecía el objetivo de mantener viva su memoria, como explica Delehayé (1930: 5):

La cité du saint est donc celle qu'il se choisit en y laissant sa dépouille mortelle; c'est le coin de terre où lui rend les premiers honneurs. Le lieu d'origine devient un foyer d'où ce culte se propage dans le voisinage immédiat d'abord, plus loin ensuite et souvent à grande distance, jusqu'à en plus connaître de frontières.

Por tanto, gracias a esta geografía de la santidad preestablecida por la Divina Providencia (Pietri, 1990: 27), se potenciaron las visitas a estos espacios sagrados que usaban como reclamo los despojos de los santos, favoreciendo de este modo a la iglesia o al monasterio que custodiase las reliquias. Como veremos a continuación en el caso de fray Diego de Mérida y otros tantos cronistas de viajes a Tierra Santa, los propios peregrinos participaban de la propaganda difundiendo la santidad del lugar, además de la acción de las propias instituciones eclesiásticas, principalmente interesadas en la veneración de las tumbas, pues de ellas emanaba la *virtus* de los santos, fuente de beneficios para todos aquellos que se acercaran, sin importar la distancia que marcaba el paso de los siglos (García de la Borbolla, 2001: 9).

El acopio de reliquias por parte de iglesias y catedrales fomentó un núcleo de devoción que atraía a los peregrinos, donde el *locus* ocupaba el espacio principal entre las masas populares (Castellanos, 1996: 15). Los sepulcros eran los focos de grandes fenómenos culturales, atrayendo a los devotos que acudían a colmar sus aspiraciones espirituales a santuarios urbanos y extraurbanos (Castillo Pascual, 2000: 83). Dentro del cristianismo, el concepto de reliquia fue ampliado a principios del siglo VI, aplicándose también a toda materia que estuviera en contacto con los restos mortales o la sepultura del santo, ya fuera en forma de agua, polvo o aceite perfumado: «Dios hacía grandes milagros por medio de Pablo, tanto que hasta los pañuelos o las ropas que habían sido tocadas por su cuerpo eran llevados a los enfermos, y éstos se curaban de sus enfermedades» (Hechos 19: 11-12). De este modo, el acto taumátúrgico recaía sobre objetos que a priori podrían parecer secundarios (García de la Borbolla, 2001: 15). La relación del hombre con Dios no se limitaba simplemente a la plegaria, y buscaba nuevas formas de expresión como la peregrinación, el viaje en un sentido más amplio: la visita a un lugar santo y la contemplación de un poder sobrenatural. En consecuencia, los impulsos que movían a estos viajeros eran comunes, así como los itinerarios y su problemática.

En el campo de lo milagroso y sobrenatural se prodigan los relatos maravillosos que interpelan a la imaginación de los fieles, sin perder por ello una finalidad moralizante que confirmaba a los santos como mediadores en la intercesión divina hacia los hombres (García de la Borbolla, 1999-2000: 338). A través de sus obras y plegarias se van a producir tales actos maravillosos o milagros, pasando dicho poder comunicante con la divinidad a las reliquias, que se caracterizan por su fastuoso embalaje, ya sea oro, plata, marfil o piedras preciosas que guardan un valor simbólico intrínseco (Martín Ansón, 1993-1994: 785). Con el apoyo de los denominados *Libelli miraculorum* se reforzaba la autenticidad de las reliquias así como se garantizaba la autoridad eclesiástica, prueba irrefutable del obrar divino en la Tierra.¹

En los primeros signos de fervor hacia las reliquias, las iglesias españolas no consiguieron hacerse con su acopio, especialmente en comparación con la riqueza y variedad en reliquias que tenían en otros países europeos y orientales (Fernández Conde, 1982: 315). Pero el fenómeno de las cruzadas, las peregrinaciones a la tumba del apóstol Santiago en Compostela y el creciente número de peregrinos españoles que visitaban Tierra Santa, contribuyeron a aumentar el caudal de reliquias en iglesias y catedrales (Molina Molina, 2015: 12). Especialmente notable y rico fue el relicario del rey Felipe II atesoró en El Escorial. En ese sentido, el Padre Montaña (Fernández Montaña, 1982: 50) retrató la gran devoción del monarca hacia las reliquias y la fe ciega que tenía en ellas:

Los historiadores de aquel tiempo refieren por manera muy minuciosa el singular ejemplo de humildad y piedad cristiana que dio en Toledo al recibir en compañía del Príncipe D. Carlos y los Archiduques Rodolfo y Ernesto, sus sobrinos, el cuerpo glorioso de San Eugenio [...] Porque en aquella última y penosísima enfermedad que le arrancó de esta vida, mandaba que cada día le pusiesen delante algunas santas reliquias que besaba con mucha ternura y devoción.

En cuanto a las reliquias en sí, se categorizan en torno a una jerarquía establecida en función de su origen y tipo de culto (Baranda LEturio, 2001: 7). De este modo, las reliquias de los santos obedecen al culto de dulía o reverencia, subordinado a los demás cultos en el sentido de que Dios se manifiesta a través de sus santos (Muñoz Iglesias, 1989: 191). En un segundo estadio encontramos las reliquias relacionadas con la Virgen, encuadradas dentro del culto de hiperdulía; y,

¹ Sobre estos textos, véanse Delaye (1910) y Duval (2006).

en el estadio más alto, las de Cristo, que responden al culto de latría, mandado por las Sagradas Escrituras: «Está escrito: adorarás al Señor tu Dios y solo a él darás culto» (Lucas 4: 8). Por ello, las reliquias relacionadas con la Vera Cruz, el sudario o los clavos de la pasión ocupan un lugar predilecto en el imaginario devoto. La Tierra Santa en sí misma, por ser el escenario de la vida de Jesucristo, constituye la mayor reliquia de todas, y al mismo tiempo poseedora de numerosos vestigios sagrados, grandes motores de la religiosidad popular y de las peregrinaciones (Molina Molina, 2015: 10). Los pequeños restos de estos vestigios eran más susceptibles de ser extraídos por los peregrinos, como hizo saber fray Diego de Mérida, cualquier ramaje, hoja o piedra representaba el poder llevarse a casa un fragmento sagrado de los Sagrados Lugares:

El agua es buena, dulce y blanca, como la de Tajo. Va ocinado, hay en él algunos árboles et carrizales et muchos tarayes, de lo cual os envío unos pocos de ramos et sobre mi conciencia juro que son de la orilla del Jordán et con mi propia mano et cochillo los cogí (*Viaje a Oriente* 14: 19).²

Antes de entrar en materia con el inventario de reliquias de fray Diego, no podemos ignorar la polémica surgida en torno al culto a las reliquias, muy anterior a dicho viaje (Hermann-Mascard, 1975). Especialmente críticos con las reliquias se mostraron los erasmistas, destacando el papel que tuvo en ello el humanista Alfonso de Valdés en su *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*. Por ejemplo: «¡Tantas reliquias robadas y con sacrílegas manos maltratadas! ¿Para esto juntaron sus predecesores tanta sanctidad en aquella ciudad? ¿Para esto honraron las iglesias con tantas reliquias?» (Valdés, 2011: **¿PÁGINAS?**). Del mismo modo, también hemos de señalar la cruzada contra la veneración de imágenes y santos de Calvino, que en el año 1543 escribió *Traité des Reliques*, donde condenó la idolatría hacia las reliquias (Calvin, 2018: 82):

Aquel que no tenga prejuicios deliberados contra toda razón, ciertamente estará convencido de que la adoración a las reliquias, ya sean verdaderas o falsas, constituye una idolatría abominable. Sin embargo, si este no fuera el caso, se debería percibir la evidente impostura, y cualquiera que haya sido su anterior devoción por las reliquias, debe perder todo ánimo de besar dichos objetos y sentirse completamente asqueado por ellos.

² Las citas de *Viaje a Oriente*, de fray Diego de Mérida, las haremos según la edición en la que estamos trabajando, refiriéndonos al número de capítulo y párrafo.

Atendiendo al orden jerárquico de las reliquias que ya hemos expuesto, esto es, primando aquellas que están relacionadas con Jesucristo, fray Diego halló en un cementerio de Nicosia «una columna la cual dicen que es una de aquella columnas en que el Redemptor del mundo estuvo atado al tiempo de su sacratísima pasión» (*Viaje a Oriente* 2: 4). Estamos ante un caso de arma Christi, un objetivo asociado a la Pasión que simboliza el sufrimiento del Redentor pero que también simboliza su victoria sobre la muerte. Las Sagradas Escrituras sitúan la escena de Cristo atado a la columna, excepto en el caso de Lucas, en el Pretorio de Jerusalén: «Y le llevaron atado, y le entregaron a Poncio Pilatos, el gobernador» (Mateo 27: 2). Sin salir de la isla de Chipre, en Famagosta, se encontró con un pedazo de la Vera Cruz en el monasterio de san Francisco, «que tiene dos palmos en luengo» (*Viaje a Oriente* 2: 5); además, se hace mención del hallazgo de «una de las hidras o tinajas de piedra en que nuestro Redemptor hizo el milagro de la conversión del agua en vino en las bodas de Caná de Galilea, la cual tinaja está toda entera e es muy hermosa cosa de ver» (*Viaje a Oriente* 2: 5). En este caso asistimos a un objeto milagroso a través del cual actuó Jesucristo, por lo que hubo de inocular su divinidad y gracia a las tinajas, en un episodio relatado en el Evangelio de Juan:

Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros. Jesús les dijo: llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. Entonces les dijo: sacad ahora, y llevadlo al maestresala. Y se lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua hecha vino, sin saber él de dónde era, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo, y le dijo: todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora (Juan 2: 7-11).

En ocasiones la simple presencia temporal de un objeto sagrado bastaba para santificar un lugar, aunque dicho objeto ya no se encontrase allí. En Salamina fray Diego habla de una ermita llamada de la Santa Cruz, la cual era objeto de devoción ya que «en esta ermita estuvo mucho tiempo un gran pedazo de la cruz del buen ladrón e otros afirman que era de la verdadera cruz de nuestro Redemptor, de la cual preciosa reliquia tomó nombre la ermita» (*Viaje a Oriente* 2: 6). Curiosamente el Buen Ladrón, Dimas según la declaración del Evangelio apócrifo de Nicodemo (Tragan, 2008: 255), no ha sido declarado oficialmente santo por la iglesia católica, pero recibió la bendición directa de Jesucristo, por

lo que no extraña su devoción: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23: 43).

Su estancia en Jerusalén, como no podía ser de otra manera, fue especialmente fecunda en cuanto a reliquias relacionadas con la figura de Cristo, al ser escenario de su muerte y resurrección. Dentro del Santo Sepulcro, concretamente en la capilla del Monte Calvario, fray Diego recogió la existencia de «un altar y su coro e está el agujero donde fue hincada la Cruz tan hondo cuanto un cobdo» (*Viaje a Oriente* 7: 2); también se menciona que los religiosos georgianos custodiaban allí «la estación a do Cristo fue ungido después de descendido de la Cruz, adonde hay siete lámparas que estos cristianos mantienen» (*Viaje a Oriente* 7: 3). Dicho proceso, habitual entre los judíos, lo recoge el Evangelio de Juan: «Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos» (Juan 19: 40). No conviene olvidar que el aceite de estas lámparas prendidas ante la presencia divina también era considerada como reliquia milagrosa (Molina Molina, 2015: 11).

Además del lugar de la unción y el Santo Sepulcro, joya de la corona devota, se encontraban, en primer lugar, «la piedra sobre la cual estaba el ángel que apareció a las tres Marías *dicens, quem quaeritis*» (*Viaje a Oriente* 8: 1), episodio sobre la resurrección de Cristo que recoge Mateo: «No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor» (Mateo 28: 5-6); a continuación «una gran pieza, o la meitad, del mármol sobre que Cristo estuvo asentado cuando lo coronaban de espinas» (*Viaje a Oriente* 8: 2), convertida en reliquia por haber estado en contacto con el Redentor; de nuevo otro pedazo de la columna de la flagelación, como ya encontró en Nicosia; y por último se menciona el lugar donde se halló la Vera Cruz, donde «están las lámparas y otras generationes de cristianos las mantienen» (*Viaje a Oriente* 8: 2), lo que implica el valor milagroso de su aceite, de acuerdo a Oursel: «*Ce besoin de voir et de toucher, besoin d'une manifestation sensible et directe des idées et des croyances qui justifie l'extraordinaire du culte des saint, l'afflux populaire à leurs reliques corporelles, l'exaltation de leurs prodiges et mereveilles*» (Oursel, 1963: 2).

Pero la gracia de Cristo no se limitaba al Santo Sepulcro, sino que también se encontraba impresa en otras partes de la ciudad: en la casa de Caifás, lugar donde fue llevado para ser juzgado por el Sanedrín (Mateo 26: 57), «estaba la piedra que estaba sobre el Santo Sepulcro» (*Viaje a Oriente* 10: 2); en la de Anás, el sumo sacerdote, el peregrino recibía indulgencia plenaria «por la bofetada que allí recibió el Salvador» (*Viaje a Oriente* 10: 2). En las afueras de Jerusalén, caminando

hacia los montes de Judea, fray Diego se detuvo en el monasterio ortodoxo de la Santa Cruz, donde «está un gran pedazo de la cruz, que allí dejó santa Elena: es tan grande como de un gran leño» (*Viaje a Oriente* 12: 5).

Sobre la devoción a los santos y a sus reliquias, como ya dijimos, hemos de distinguir entre un primer orden, que es el cuerpo, otro que se refiere a sus objetos y, en un tercer nivel, aquellos objetos que han estado en contacto con su cuerpo o su sepulcro, motivo por el cual hemos mencionado las lámparas y su aceite. Tampoco podemos olvidar que, en última instancia, incluso la vivienda que habían habitado dichos santos podía ser considerada como reliquia, así como el lugar de su muerte (Molina Molina, 2015: 11),³ engrosando de este modo la lista que recogió fray Diego de Mérida. Cuando se edificaba una iglesia en estos espacios sagrados, interesaba atraer a los devotos peregrinos que suplicaban el favor del santo, y para ello se valían del poder evocador de las reliquias y sus milagros (García de la Borbolla, 2001: 17). De modo que la proximidad física a lo sagrado, esperando el favor divino de mano de los santos, será también motor de la peregrinación de fray Diego.

La condición de los santos era más parecida a la de los fieles, mucho más accesible y cercana que los misterios de Cristo, y a través de sus reliquias su hagiografía se hacía presente, favoreciendo así la devoción y un espacio a la reflexión y al arrepentimiento de los pecados (Snoek, 1995: 358). En esa búsqueda de intercesor ante la divinidad, el camino que recorrió fray Diego fue extenso, comenzando por supuesto en Chipre, donde ya podemos observar la gran variedad de reliquias que presentan los santos:

Las reliquias que en esta principal cibdad de Nicoxia hay son las siguientes: el cuerpo enteramente de san Juan de Monforte el cual hace muchos milagros; los huesos de los gloriosos mártires sant Cosme e sant Damián; los huesos del bienaventurado obispo e mártir sant Blas, los cuales ha poco tiempo que fueron hallados en una pared del monesterio de Sancto Domingo, donde estaban reclusos e escondidos en una caja; ítem hay en esta iglesia de Nicoxia un campo sancto que a tercero día come e gasta la tierra de los cuerpos de los difuntos que allí son enterrados (*Viaje a Oriente* 2: 2).

Saliendo de la ciudad encontramos un buen ejemplo de reliquia milagrosa que justifica un culto: «está el cuerpo de Sant Mamés, del cual mana siempre gran cantidad de aceite, que es bueno e tiene virtud para muchas enfermedades, e todos los moradores de la isla de Chipre tienen singular devoción e reverencia

³ Cfr. Molina Molina (2015: 11).

al sepulcro donde está el bendicto cuerpo de sant Mamés» (*Viaje a Oriente* 2: 2). Todo este fervor se debía a un poder taumatúrgico:

Gran milagro e maravilla, ciertamente, es la que acaesce cerca del aceite que sale e mana de este benedicto cuerpo, en esta manera: cualquiera que llegue a coger aquel olio —el cual se coge del sepulcro de donde mana e sale en unas pequeñitas redomillas de vidrio—, si está aquel que lo coge en pecado mortal, luego en acabándolo de coger la redomilla se consume sin quedar alguna cosa de ello; empero, si está en estado de gracia, tanto tiempo es conservado en la dicha redomilla cuanto en buen estado está, e, en tornando a caer en pecado mortal, luego se consume todo (*Viaje a Oriente* 2: 4).

Recordando la importancia que adquieren los escenarios que presenciaron la muerte de los santos para su condición de reliquia, cerca de Famagusta se señala una ermita edificada sobre el lugar donde murió san Hilarión, uno de los padres de la vida monástica en Palestina. San Pablo y san Bernabé protagonizaron una serie de viajes, recogidos en los Hechos de los Apóstoles, con el fin de cumplir una misión evangelizadora siguiendo instrucciones celestiales: «Ministrando estos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado» (Hechos 13: 2); y de este modo, llegaron a Chipre a predicar. Una de las ciudades chipriotas que visitaron los dos apóstoles fue Pafos, donde se las vieron con el mago Elimas. Parece que la estancia de dichos santos dejó un rastro milagroso en la ciudad: «Se demuestra una fuente de agua que hierve, buena e dulce e de muy buen sabor, la cual agua dicen que sana el mal de las calenturas e por esta virtud que dicen que tiene es llevada a muchas tierras e partes lejos de allí» (*Viaje a Oriente* 2: 7).

Santiago de Zebedeo, conocido como Santiago el Mayor, era uno de los apóstoles que acompañó a Jesús a lo largo de su corta vida pública y murió decapitado por orden del rey Herodes Agripa I: «Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan» (Hechos 12: 2). En el lugar de su martirio se edificó la iglesia de Santiago el Mayor, donde según testimonio de fray Diego se mantenía la losa donde le cortaron la cabeza: «E allí está la sangre, está con mucha guarda, cubierta con un paño de seda et debajo de llave» (*Viaje a Oriente* 10: 1). La figura de Santiago ha sido utilizada como arma contra el islam, ya que la leyenda atribuye a una aparición del apóstol la victoria del rey Ramiro I en Clavijo en 844 (Falque Rey, 2000: 574), convirtiéndose así en Santiago Matamoros, que además es Patrono de España, por el hallazgo de su supuesta tumba en Compostela, otro de los grandes

focos de las peregrinaciones cristianas. A las afueras de Jerusalén fray Diego visitó Aceldamá, el terreno que los sacerdotes adquirieron con el dinero que Judas Iscariote cobró y posteriormente devolvió por traicionar a Jesús: «Y después de consultar, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros. Por lo cual aquel campo se llama hasta hoy: campo de sangre» (Mateo 27: 7-8). Además de la visita, no pudo resistirse el fraile extremeño a tomar un poco de la tierra de dicho campo. Se nombran más martirios y sepulturas en su resumen sobre Jerusalén: «Vi a do aserraron a Isaías» (*Viaje a Oriente* 10: 16), en referencia al supuesto martirio del profeta Isaías por orden de Manasés, «serrado en dos» (Fernández Marcos, 1983: 513). A este destino parece apuntar el libro de Hebreos, cuando se refiere a la suerte de los profetas: «Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados» (Hebreos 11: 37). Otro de los profetas asesinados fue Zacarías, cuya muerte recogió el evangelio de Mateo: «Para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar» (Mateo 23: 25). Por ello recogió fray Diego: «Vi a do fue sepultado Zacarías, qui occisus est in templo» (*Viaje a Oriente* 10: 20); y por último, «Vi a do apedrearon a sant Esteban» (*Viaje a Oriente* 29: 20). San Esteban fue uno de los primeros mártires del cristianismo, y tanto su discurso ante el Sanedrín como su martirio están recogidos en los Hechos de los apóstoles: «Y echándolo fuera de la ciudad, comenzaron a apedrearle; y los testigos pusieron sus mantos a los pies de un joven llamado Saulo» (Hechos 7: 58).

En la gruta de Belén fray Diego hizo referencias a varios objetos susceptibles de ser considerados como reliquias; en primer lugar aparece «la sepultura de los inocentes» (*Viaje a Oriente* 11: 4), aludiendo a la matanza de infantes que ordenó Herodes: «Herodes entonces, cuando se vio burlado por los Magos, y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en todos sus alrededores» (Mateo 2: 16); a continuación fray Diego se maravilló con la sepultura de san Jerónimo: «¡cierta cosa devotísima! Es enferrado con losas marmóreas et arde allí siempre una lámpara. E allí junto está el sepulcro de su discípulo Eusebio» (*Viaje a Oriente* 11: 5). Camino de Jericó, a la altura de Betania, fray Diego enumeró más moradas y sepulcros de santos que visitó: «Allí vimos el sepulcro de sant Lázaro y la casa de Simón el leproso, y la casa de santa Marta y María Magdalena» (*Viaje a Oriente* 13: 5).

El río Jordán ha sido escenario de importantes acontecimientos tanto para los judíos como para los cristianos. El pueblo judío, tras deambular por el desierto,

llegó a la tierra prometida bajo el liderazgo de Josué, tras cruzar el río con ayuda sobrenatural (Josué: 14-17). Pero para un cristiano como fray Diego, sin perjuicio de la importancia que tendría para él el Antiguo Testamento, el episodio más representativo del río Jordán, el que le concede un estatus de espacio sagrado, no es difícil de imaginar que sería el bautismo de Cristo: «Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él» (Mateo 3: 16). Por ello no pudo resistirse fray Diego a llevarse un recuerdo del río sagrado para sus hermanos: «hay en él algunos árboles et carrizales et muchos tarayes, de lo cual os envío unos pocos de ramos et sobre mi conciencia juro que son de la orilla del Jordán et con mi propia mano et cochillo los cogí» (*Viaje a Oriente* 14: 9). Era una práctica muy habitual llevarse agua del río Jordán, recordemos la peregrinación de fray Diego de Salazar en 1587, con el propósito de mejorar la salud del futuro Felipe III por medio de las reliquias, y cómo se enturbió el agua que recogió de dicho río. El teólogo jesuita Juan Eusebio Nieremberg (1891: 261) recogió el episodio en el que dichas aguas son sanadas gracias a la taumaturgia:

Eché dentro de las vasijas donde estaba un pedazo de *Agnus Dei* de los de la Tierra Santa, y tocándola cinco veces con la punta de una vara que traía para su Alteza de la ribera del mismo río y del mismo lugar donde nuestro Señor fue bautizado; a la vuelta de Barajas luego al día siguiente, la halló clara, como deseaba, para que se sepa estimar cualquier cosa de las que se traen de la Tierra Santa.

También era costumbre llevar el agua del río Jordán para el bautismo de los príncipes, sirva como muestra esta crónica de Jerónimo de Barrionuevo sobre el bautizo del malogrado Felipe Próspero de Austria, primer hijo varón del matrimonio de Felipe IV con Mariana de Austria: «El agua con que se bautizó fue del río Jordán, que el Comisario general de San Francisco envió a Su Majestad en un frasco, que unos religiosos que ahora han venido de la Casa Santa la trujeron» (Barrionuevo, 1996: 76).

Fray Diego de Mérida volvió a repetir la misma acción de rapiña en su visita al monasterio de san Jerónimo, padre de su orden, aunque se excusa en que es costumbre: «et labrado el suelo de mosaico, pero no tan curiosamente como el suelo de dentro de la iglesia; et de aquellas piedras de mosaico os envío, las cuales con mis propias manos arranqué sobre mi conciencia et semejante hacen los otros peregrinos» (*Viaje a Oriente* 15: 4). También, al igual que otros peregrinos, se llevó piedras de la celda de san Jerónimo: «yo tomé mi parte y dellas os envío»

(*Viaje a Oriente* 15: 9). No parece descabellado pensar que, si todo peregrino hubiera tomado una piedra de la celda, habrían acabado desmontando el edificio. Concluye la vuelta a Jerusalén con un regalo del guardián del Monte Sión: «al tiempo que partimos, nos dio a cada uno ciertos papeles con reliquias. Allá os las envió» (*Viaje a Oriente* 15: 11). No se especifica en qué consistían dichas reliquias ni a qué tipología obedecían, pero hemos de suponer que se trataría de pequeños objetos, como por ejemplo, astillas de la cruz.

En El Cairo visitó «otra iglesia sumptuosa de santa Bárbara; allí está su cuerpo ricamente enterrado et el su maestro que la enseñó» (*Viaje a Oriente* 21: 2), en referencia a Bárbara de Nicomedia, mártir y célebre por su sabiduría, patrona de la artillería y la minería. Aunque numerosos lugares reclaman tener sus restos, parece que sus reliquias viajaron a Constantinopla y, posteriormente, a Venecia (Dotor Municio, 1970: 8). Según Saverio Marini, el cuerpo de santa Bárbara encontró descanso definitivo en la catedral de Rieti (Marini, 1788: 250). De la huerta del bálsamo, tomó unas cortezas de la higuera donde la Sagrada Familia se escondió en su huida de Herodes, «allá os envió dellos» (*Viaje a Oriente* 33: 1). En el monte Sinaí, lugar que se esforzó en visitar fray Diego, se habla pozo de Moisés, del que todos los peregrinos beben. Se trata de un lugar señalado por el Antiguo Testamento: «De allí vinieron a Beer: este es el pozo del cual Jehová dijo a Moisés: reúne al pueblo, y les daré agua» (Números 21: 16). Pero el principal atractivo que el monte tenía para fray Diego era visitar la sepultura de santa Elena, que sin embargo había perdido poder taumatúrgico: «en aquel tiempo que fue hallado el cuerpo santo manaba aceite, empero agora no» (*Viaje a Oriente* 43: 2); su cuerpo cedió ante la corrupción del tiempo: «No hay agora sino los huesos et la cabeza, sin cabellos et sin cuero; yo le vi dos veces por mis propios ojos y le besé» (*Viaje a Oriente* 43: 3). El museo Pío Clementino, en el Vaticano, custodia el supuesto sarcófago de la santa, que procede del Mausoleo de Elena, construcción edificada por orden de Constantino que estaba destinada a ser su propio enterramiento. Sin embargo, como en tantos casos, son varios los lugares que reclaman tener los restos de la santa. Si atendemos a Eusebio de Cesárea, santa Elena murió en Roma, donde fue sepultada, en el año 328 (Cesárea, 2016: 133). Allí descansó hasta el siglo IX, cuando los saqueos y el tráfico de reliquias atrajeron especialmente a los carolingios, que vaciaron Roma de cuerpos santos (Bouza Álvarez, 1990: 27), perdiéndose así el rastro del cuerpo de santa Elena, que fray Diego creyó besar.

Tras regresar al Cairo, partió en dirección a Alejandría con el propósito de visitar el desierto que hizo célebres a los llamados padres del yermo, el grupo de anacoretas liderado por Pablo de Tebas que se retiró a orar al desierto. Tradicio-

nalmente conocido como el primer ermitaño del mundo cristiano, la figura de Pablo de Tebas es venerada por el abandono que hizo de sus riquezas, retirándose al desierto para vivir como anacoreta. En dicho desierto «se hallan piedras que se dicen del águila, las cuales llaman acá de San Macario; allá os envió una sana et otra quebrada, que no pude haber más de tres» (*Viaje a Oriente* 48: 5). Se refería fray Diego a un tipo específico de piedra, *etites* o *aetos*, llamadas piedras del nido de águila, a las que se atribuían poderes curativos:

Las virtudes que tienen dicen que son muchas, empero de dos supe: la una es que a las mujeres que están de parto et no pueden parir, poniéndosela sobre el muslo sin que esté envuelta en algo, hace parir por que atrae como piedra imán. La otra es que aprovecha para restañar la sangre que sale de las narices. En mucha estima están acá estas piedras (*Viaje a Oriente* 48: 5).

No contento con ello, fray Diego completó su envío con más prodigios sanadores. Nótese la credulidad en dichos procedimientos, que en ocasiones rayaban con la magia blanca:

Así mismo os envió dos granos de sal de los que en este desierto nacen. E en aquella forma mesma que por ellos veréis nacen naturalmente et llámase acá la sal de la Virgen María. E tiene esta virtud: que cuando el niño o criatura es de tres o cuatro meses, echando en una salsera un poco de aceite et rallando en él un poco desta sal, alcoholándola con aquel aceite algunas veces, dicen que en su vida habrá mal de ojos. Esto está acá por evangelio et por cosa muy probada (*Viaje a Oriente* 48: 6).

Llegado a Alejandría, fray Diego dio testimonio sobre «la cárcel de santa Catalina et dos columnas grandes a do estaban las ruedas» (*Viaje a Oriente* 49: 4), ya que según la tradición dicha santa fue martirizada con el mecanismo de la rueda, donde se trituraban huesos y articulaciones. Posteriormente, le tocaría el martirio a otro santo: «Vi más la calle grande que dije por do llevaron a san Marcos a martirizar e vi la piedra sobre que le cortaron la cabeza, según fama» (*Viaje a Oriente* 49: 4). Precisamente fue en Alejandría donde fray Diego encontró mensajero para su carta y reliquias:

Hay en ella mucha especiería et mucha caña fistola que nasce allí; por un ducado comprará uno tanta cuanta pudiera llevar a cuestas. Si tuviese mensajero cierto, no era mucho enviaros un arca della; mas Dios me es testigo que esto que agora envió lo envió como a perdido. Verdad es que el mercader de Cáliz que lo lleva es singular hombre et

muy honrado, et llámase Marco Salvadó (otros le llaman Salvador), él me prometió enviarlo a Sevilla o a San Jerónimo de Sevilla, porque de allí iba a Guadalupe. ¡Plega a Dios que así sea! (*Viaje a Oriente* 49: 4).

Como hemos visto, todos estos lugares se convirtieron en objetos sagrados que atraían a los peregrinos, sin duda convencidos de que se trataba del espacio geográfico indicado para obtener el favor divino, ya fuera mediante Jesucristo o mediante los santos. En ese sentido, la proximidad con la Tierra Santa era garante de dicha intervención milagrosa, debido a su riqueza en reliquias y por tanto, su consagración devota. En el caso de los santos, aunque de menor rango divino, contaban con el fervor popular al compartir una misma naturaleza humana, por lo que eran considerados como intercesores favorables ante la divinidad. Ello explica la devoción hacia sus reliquias, vestigios palpables de su paso por nuestro mundo y vehículo conductor hacia la perfección espiritual, pero también milagrosa cura y remedio de enfermedades. Si el cuerpo del santo mostraba extraordinarios signos de incorruptibilidad, aumentaba el halo milagroso que envolvía su espacio sepulcral, aunque como hemos visto en el caso de santa Elena, no era condición indispensable para su veneración.

También ha quedado recogido cómo en ocasiones los objetos menos susceptibles de ser considerados como reliquias, adquirirían tal condición desde un punto de vista espiritual por el papel que jugaron en la vida o muerte del santo en cuestión. De modo que fue el fervor popular, como menciona Geary, el agente responsable de sobredimensionar su valor:

The relics themselves, physical remains of saints, are essentially passive and neutral, and hence not of primary importance to historians. It is the individuals who came into contact with these objects, giving them value and assimilating them into their history, who are the proper subject of historical inquiry. (Geary, 1990: 3)

Efectivamente, el valor que tenga una reliquia será el que determine el colectivo de fieles que necesite de su valor taumatúrgico para vincular la esencia divina a su realidad, y para ello se buscaba la estada física del santo, que con su contacto hacía el milagro propicio. Eran la fe y la devoción, sustentadas en un acuerdo colectivo, las que dotaban al objeto de dimensión divina y, de este modo, la acción del santo permanecía activa entre los vivos. El hecho de que existiera toda una geografía destinada a tal fin favorecía la aparición de acciones devotas, tales como romerías y rituales que buscaban afianzar el contacto con lo divino.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Baranda Leturio, Nieves (2001): «Materia para el espíritu. Tierra Santa, gran reliquia de las peregrinaciones», *Via Spiritus*, 8, pp. 7-29.
- Barrionuevo, Jerónimo de (1996): *Avisos del Madrid de los Austrias y otras noticias*, Madrid, Castalia.
- Bermejo Barrera, José Carlos (1996): *Grecia Arcaica: la mitología*, Madrid, Akal.
- Bouza Álvarez, José Luis (1990): *Religiosidad contrarreformista y cultura simbólica del Barroco*, Madrid, CSIC.
- Calvin, Jean (2018): *A treatise on relics*, Frankfurt, Outlook Verlag.
- Castellanos, Santiago (1996): «Las reliquias de santos y su papel social. Cohesión comunitaria y control episcopal en Hispania (ss. v-vii)», *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad*, 8, pp. 5-21.
- Castillo Pascual, María José (2000): «Las propiedades de los dioses: los loca sacra», *Iberia: Revista de la Antigüedad*, 3, pp. 83-109.
- Cesárea, Eusebio (2016): *Vida de Constantino*, Madrid, Gredos.
- De Valdés, Alfonso (2011): *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/dialogo-de-las-cosas-acaecidas-en-roma--0/html/fede2498-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html.
- Delehay, Hippolyte (1930): «Loca sanctorum», *Analecta Bollandiana*, 48, pp. 5-64.
- Dotor Muncio, Ángel (1970): *Mujeres célebres. Figuras de la Historia a las que un destino excepcional hizo fulgurar en un mundo avasallado por los hombres*, Barcelona, Bruguera.
- Elvira Barba, Miguel Ángel (2008): *Arte y mito: manual de iconografía clásica*, Madrid, Silex Ediciones.
- Falque Rey, Emma (2000): «El llamado «Privilegio de los votos», fuente del *Chronicon Mundi* de Lucas de Tuy», *Habis*, 33, pp. 573-577.
- Fernández Conde, Javier (1982): «Religiosidad popular y piedad culta», en AA. VV., *Historia de la Iglesia en España*, Madrid Editorial, Biblioteca de Autores Cristianos.
- Fernández Marcos, Natalio (1983): «Vidas de los profetas», en A. Díez Macho (ed.), *Apócrifos del Antiguo Testamento II*, Madrid, Ediciones Cristiandad.
- Fernández Montaña, José (1982): *Más luz de verdad histórica sobre Felipe II el Prudente*, Madrid, Librería Católica de D. Gregorio del Amo.
- García de la Borbolla, Ángeles (2001): «La materialidad eterna de los santos sepulcros, reliquias y peregrinaciones en la hagiografía castellano-leonesa (siglo XIII)», *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 11, pp. 9-31.
- (1999-2000): «El Universo de lo maravilloso en la hagiografía castellana», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 47, pp. 335-351.
- García Iglesia, Luis (1986-1987): «Las peregrinaciones en la Antigüedad», *Cuadernos de prehistoria y arqueología*, 13-14, pp. 301-311.
- Geary, Patrick J. (1990): *Furta Sacra: Thefts of Relics in the Central Middle Ages*, Princeton, Princeton University Press
- Hermann-Mascard, Nicole (1975): *Les reliques des saints: formation coutumière d'un droit*, París, Klincksieck.

- Nieremberg, Juan Eusebio (1891): *Várones ilustres de la Compañía de Jesús*, 7, Bilbao, Administración de «El mensajero del Corazón de Jesús».
- Marini, Saverio (1788): *Memorie di S. Barbara, vergine e martire di Scandriglia detta di Nicomedia*, Fuligno.
- Martín Ansón, María Luisa (1996): «Importancia de las reliquias y tipología de relicarios en el Camino de Santiago en España», *Anales de historia del arte*, 4, pp. 793 - 804.
- Molina Molina, Ángel Luis (2015): «El culto a las reliquias y las peregrinaciones al santuario de la Vera Cruz de Caravaca», *Murgetana*, 103, pp. 9-34.
- Muñoz Iglesias, Salvador (1989): *Lo religioso en El Quijote*, Toledo, Estudio Teológico de San Ildefonso, Seminario Conciliar.
- Oursel, Raymond (1963): *Les pèlerins du Moyen Age: les hommes, les chemins, les sanctuaires*, París, Fayard.
- Pietri, Luce (1990): «Loca sancta: la géographie de la sainteté dans l'hagiographie gauloise IV-VI», en *Luoghi sacri e spazi della santità*, Turín, Rosenberg e Sellier, Coll. Sacro/Santo, pp. 23-35.
- Snoek, Godefridus J. C. (1995): *Medieval Piety from Relics to the Eucharist: A Process of Mutual Interaction*, Leiden, Brill.
- Tragan, Pius-Ramón (2008): *Los evangelios apócrifos: origen-carácter-valor*, Estella, Editorial Verbo Divino.